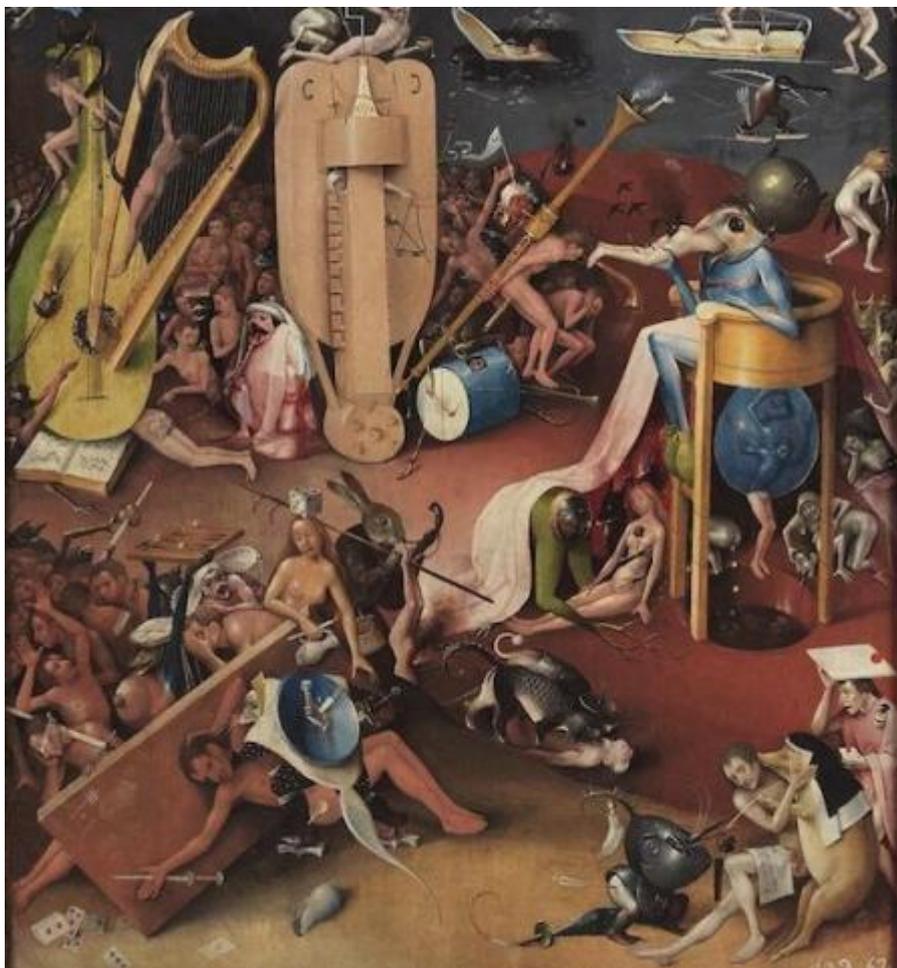


Comunitat de Catalunya. ELP

Sobre Violencia

Taller clínico



Barcelona, 2019- 2020

SUMARIO

Presentación	Comisión Taller.....2
Acto y violencia	José Ramón Ubieta.....4.
Violencias: entre ruidos y silencios	Susana Brignoni.....9
Diez puntos sobre la violencia en el niño	Lucia D'Angelo.....12
Violencia, odio y discursos	Victoria Vicente.....15
La violencia no es sin el cuerpo	Myriam Chang.....19
Violencia y nostalgia del todo	Vicente Palomera.....23
Un apunte sobre la distinción entre violencia y la agresividad	Eugenio Díaz.....26

Presentación del Taller sobre “Violencia”

La violencia no es un concepto psicoanalítico si bien sus manifestaciones se ligan a los destinos de la pulsión, especialmente de la pulsión de muerte que allí se realiza. En ese sentido plantea interrogantes epistémicos y clínicos en su articulación a conceptos propiamente analíticos como pulsión, síntoma, odio, masoquismo y al manejo en la transferencia de esas manifestaciones. La violencia tiene también una inscripción en el cuerpo del ser hablante en tanto acontecimiento que deja su huella. Desde la fantasía “Pegan a un niño” analizada en detalle por Freud, hasta las vivencias subjetivas de algunos psicóticos cuyos cuerpos violentados parecen no registrarla –es el caso de la pelea de Joyce o de niños psicóticos que parecen inmunes al dolor sufrido- la casuística nos ofrece un amplio abanico de fenómenos a estudiar.

Las violencias contemporáneas –así, en plural- nos convocan también, como analistas, para elucidar sus lógicas y ofrecer otras lecturas, distintas de las propuestas por las ciencias sociales o los *mass-media* y extraídas de las curas que realizamos. Violencias machistas, filioparentales o invertidas, xenófobas. Su análisis nos permitirá también precisar algunos conceptos claves como odio, maldad, masoquismo.

Comisión: Susana Brignoni, Myriam Chang, Lucía D’Angelo Eugenio Díaz, Vicente Palomera, Victoria Vicente y José R. Ubieta (responsable).

ACTO Y VIOLENCIA*

José R. Ubieta

Continuamos hoy el espacio de Noches clínicas, inaugurado el mes pasado por el taller sobre Cuerpos y actos. Hoy lo hacemos con unos primeros trabajos del taller que toma como tema de investigación clínica La violencia.

La violencia no es un concepto psicoanalítico, si bien sus manifestaciones se ligan a los destinos de la pulsión, especialmente de la pulsión de muerte que allí se realiza. En ese sentido plantea interrogantes epistémicos y clínicos en su articulación a conceptos propiamente analíticos como pulsión, síntoma, odio, masoquismo y al manejo en la transferencia de esas manifestaciones. La violencia tiene también una inscripción en el cuerpo del ser hablante en tanto acontecimiento que deja su huella. Desde la fantasía “Pegan a un niño” analizada en detalle por Freud, hasta las vivencias subjetivas de algunos psicóticos cuyos cuerpos violentados parecen no registrarla –es el caso de la pelea de Joyce o de niños psicóticos que parecen inmunes al dolor sufrido- la casuística nos ofrece un amplio abanico de fenómenos a estudiar.

Lacan inició su práctica clínica conceptualizando la cuestión del acto a través del estudio y análisis de diversos pasajes al acto criminales. Sus escritos sobre “La agresividad en psicoanálisis” o “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología” así lo atestiguan. Luego señalará cómo la violencia es lo esencial de la agresión ya que sólo es inteligible en relación a lo simbólico: “...en los confines donde la palabra dimite empieza el dominio de la violencia y que reina, ya allí, incluso sin que se la provoque” - dirá en su escrito de 1954 “Introducción al comentario de Hyppolite...”- para añadir unos años después que: “No es la palabra, incluso es exactamente lo contrario. Lo que puede producirse en una relación interhumana es o la violencia o la palabra”.¹ Esa preocupación se mantendrá a lo largo de toda su enseñanza y nos permite, siguiendo indicaciones recientes de Miller poner el foco más en las coordenadas del acto violento, en sus contingencias, que no en las causas supuestas. Este será uno de los ejes a trabajar en

¹ Lacan, Jacques. *El Seminario, libro 5, Las formaciones del Inconsciente*. Paidós, Buenos Aires, 1999, p. 468.

nuestro taller clínico.

La violencia, como fenómeno trans-estructural, plantea también interrogantes acerca de su estatuto como realización pulsional o, en algunos casos, como síntoma en tanto satisfacción sustitutiva. Esta diferencia parece relevante para su comprensión y su abordaje clínico. Miller se refiere a ello al plantear si estamos, hoy, delante de un nuevo lazo de la identificación con la pulsión que crea un nuevo tipo de vínculo social. Tomaremos aquí un segundo eje de trabajo a partir de la fenomenología que encontramos en muchas consultas de adolescentes y jóvenes.

Las violencias contemporáneas –así, en plural- nos convocan también, como analistas, para elucidar sus lógicas y ofrecer otras lecturas, distintas de las propuestas por las ciencias sociales o los *mass-media* y extraídas de las curas que realizamos. Violencias machistas, filioparentales o invertidas, xenófobas. Su análisis nos permitirá también precisar algunos conceptos claves como odio, maldad, masoquismo.

Para el trabajo de hoy nos centraremos en un primer eje que hemos nombrado como “Acto y violencia”. Expondré brevemente dos primeras ideas para enmarcar las otras dos intervenciones.

En primer lugar, partimos de la tesis que el acto, como tal, excede al significante, a la palabra e implica a lo real y es allí donde se sitúan las coordenadas del fenómeno violento.

Para que haya acto no es suficiente que haya movimiento o acción, es preciso también que haya un decir que enmarque y fije ese acto. El acto no tiene otras coordenadas que las del lenguaje y en ese sentido es un franqueamiento del umbral significante.

El acto siempre debe hallar un pase para tener lugar –en ese sentido se opone al pensamiento y al inconsciente en tanto cadena cifrada. Todo acto que marca, que deja huella en el sujeto, es una transgresión, es delincuente porque constituye una infracción de la codificación simbólica, modificándola.

JAM señala como nada es más humano que el crimen ya que como recordaba Freud lo inmoral es una parte de nuestro ser y todos somos sospechosos –en tanto criminales

inconscientes- y debemos asumir, por tanto, la responsabilidad de los sueños inmorales. De allí, la necesidad de poner en relación al sujeto con su propio acto para producir alguna significación.²

Que el acto suponga un franqueamiento del umbral significante quiere decir que el sujeto mismo (*parlêtre*) constituye “una discontinuidad en la causalidad objetiva”, no hay manera de recomponer totalmente la causalidad objetiva de un acto subjetivo puesto que siempre queda una opacidad, algo insondable en ese acto.

La psiquiatría nombró a esto “lo inmotivado”³ (Paul Guiraud) para resaltar lo innombrable, aquello que en el pasaje al acto excede lo simbólico.

La clínica de la psicosis muestra bien como el acto viene al lugar del fracaso de una alucinación que no ha podido determinar al sujeto (¡marrana!) dejándole sin lugar en el orden del lenguaje (S). Cuando la voz desfallece, se interrumpe, la acción surge como suplencia.

La segunda cuestión que quería introducir es que el concepto de acto en Lacan está ligado a la pulsión de muerte.

El acto suicida sería su modelo, donde se verifica que algo en el sujeto trabaja para su destrucción. Todo acto verdadero es un suicidio del sujeto, que puede renacer, pero ya es otro en tanto mutado.⁴ Su suicidio le permite la particularización de su deseo, pero en un rechazo de la mediación del deseo del Otro. El sujeto se inscribe –en el acto suicida– como faltante en el campo del A y se reapropia de la pérdida original en la muerte por el sacrificio de su vida. Hace de su muerte el objeto de deseo del Otro.

Es un acto no fallido porque, a diferencia de los lapsus, los olvidos o los sueños, aquí el inconsciente se desplaza al acto donde se realiza. El suicida no quiere saber de sus

² Miller, Jacques-Alain. “Nada es más humano que el crimen”. *Virtualia* nº 18. Disponible en Internet.

³ Guiraud, Paul. *Los homicidios inmotivados. Colección DIVA* nº 21, Buenos Aires, 2000.

⁴ Miller, Jacques-Alain. “Observaciones sobre el concepto de pasaje al acto”. En Bardón, C. y Puig, M. (coords.) *Suicidios, medicamentos y orden público*. Gredos, Madrid, 2010.

razones, aunque enuncie algunas. No quiere saber de ese impasse en el que se encuentra, de la indeterminación en que lo sume, y dice basta. Desbordado por esa angustia opta por poner un final y restituir así algo de su dignidad como sujeto libre. El acto opone así una certeza firme ante una duda o una vacilación que puede infinitizarse. Es un acto, decía Lacan, que “procede de la decisión tomada de no saber nada”⁵.

Pasaje al acto –a distinguir del acting-out al que sí le hace falta el Otro, el espectador (bullying)- que implica que se dejan de lado los equívocos significantes y la dialéctica del reconocimiento y lo que está en juego no puede cifrarse. En el centro de todo acto hay un ¡no! proferido hacia el otro. Está fuera de sentido, indiferente al después, es un acto en sí, lo que venga después es ya *otro* que lo hace. En el pasaje el sujeto está eventualmente muerto, será el quién mirará a los otros y les planteará su pregunta y les hará sentir el porqué de su mirada.

Otra modalidad heteroagresiva es el empuje a golpear, que podemos leer como una manera de nombrar lo innombrable: la invasión de goce. A veces es el acto mismo o sus consecuencias (internamiento) lo que lo apaciguan, al confrontarlo a eso que le resulta ajeno y producir una significación, delirante o culposa. Otras veces, como en el caso de las hermanas Papin, solo queda el silencio.

Ricard es un adolescente que acaba de perder a su madre, fallecida por un cáncer, y ve como su padre es diagnosticado y operado por otro cáncer (garganta). Días después, solos padre e hijo, el padre le reprocha que escoba muy mal y el hijo le contesta de malhumor y en tono amenazante: “¡cállate maricón!”. Es una salida inusual, que sorprende y angustia al padre que no puede replicar.

Situemos las coordenadas del acto: un adolescente con serios temores de quedarse huérfano, en un momento en que debe afrontar la novedad de un real sexual en su cuerpo, criticado por un padre impotente, que apenas puede hablar, en una situación en la que el chico está barriendo la casa, actividad monopolizada siempre por la madre. ¡Cállate maricón! es un grito de rabia que podemos tomar también como un intento de nominación de eso innombrable que le acosa.

⁵ Lacan, Jacques. “Radiofonía”. *Otros escritos*. Paidós, Buenos Aires, 2012.

El insulto violenta porque viene a un lugar vacío, donde el significante desfallece para decir el ser del sujeto, para nombrar algo de esa existencia. Miller sitúa el insulto como “el esfuerzo supremo del significante para decir lo que el otro es como objeto a, para cernirlo en su ser en tanto que justamente este ser escapa al sujeto. Trata de obtenerlo por la flecha”.

El insulto fija así la lengua, pretendiendo reducir al otro a la nada o a un “tú eres eso”, un maricón. El significante deviene aquí el objeto, sin paliativos y sin suspensión posible del sentido.

**Presentación del taller en el espacio de “Noches clínicas” de la CdC el 26 de noviembre de 2019*

VIOLENCIAS: ENTRE RUIDOS Y SILENCIOS

Susana Brignoni

Miller afirma en “Niños violentos”¹ que la violencia no es un síntoma en tanto no es una satisfacción sustitutiva. Es una afirmación sobre la que tenemos que preguntarnos ya que en general nos encontramos con una dimensión de la violencia , entre niños y adolescentes, que es una respuesta. Sin embargo, en tanto respuesta a veces está articulada y otras no.

Entonces, ¿puede la violencia convertirse en un síntoma? Es decir, ¿puede sintomatizarse la violencia, en el sentido de producir una interrogación en el sujeto que es objeto de ella: tanto si es el receptor de la violencia como si él mismo la lanza sobre el otro? Esta es una de las preguntas que me hago en el trabajo con niños y adolescentes tutelados, cuya tutela deviene de los malos tratos padecidos. Y también ¿hay una relación entre las experiencias vitales de privación, donde han primado los malos tratos en distintas edades y los fenómenos de violencia? ¿Las marcas familiares que se inscriben en los chicos con los que trabajamos a partir de malos tratos, es decir a partir de un trato violento, se reproducen de manera automática? Es decir ¿si un sujeto ha sido maltratado será un maltratador?

La violencia tiene un lado de ruido y un lado de silencio. El ruido es el que provocan los otros del niño, su entorno, sus referentes. Lo que horroriza de su “sin sentido”. La escena violenta en la que participa un niño o adolescente convoca la mirada de los otros, una mirada que no pueden sustraer, que deja al que mira por un lado sin ninguna explicación, pero a su vez fascinado. Es la figura del “bloqueo” en el adulto que acompaña al niño. Ante esta falta de explicación suele producirse la asignación “temprana”² de un lugar: se trata de un violento, se trata de un niño o niña mala. Suele ser un mal lugar.

El silencio o los silencios están del lado del sujeto, que muy frecuentemente, se presenta a su sesión no siendo consciente de la actuación violenta o minimizando los efectos de su

expresión. Incluso no es algo de lo que al sujeto le interese hablar.

Escucha al adulto que habla de ella sin verse demasiado preocupado por la misma. Las acciones violentas quedan fuera del circuito de la palabra, pero a veces, aunque el sujeto no lo sepa o incluso en un primer momento se resista, son aquellas que pueden llevarlo a un dispositivo en el que de lo que se trata es de hablar. Mi impresión es que para que ese hablar suceda, el analista tiene que mostrarse bastante poco interesado por esas acciones. También es importante tal vez pluralizar el término: más que nombrar a la violencia se trata de hablar de las violencias, los episodios de violencia y evitar así la nominación de “violento” que difícilmente dejará al sujeto una salida.

Lacan en el Seminario 5³ enfatiza la disyunción entre violencia y palabra: “Para recordar cosas inmediatamente evidentes, la violencia es ciertamente lo esencial en la agresión, al menos en el plano humano. No es la palabra, incluso es exactamente lo contrario. Lo que puede producirse en una relación interhumana es o la violencia o la palabra. Si la violencia se distingue en su esencia de la palabra, se puede plantear la cuestión de saber en qué medida la violencia propiamente dicha para distinguirla del uso que hacemos del término agresividad- puede ser reprimida, pues hemos planteado como principio que en principio sólo se podría reprimir lo que demuestra haber accedido a la estructura de la palabra, es decir a una articulación significativa...”

A partir de esta indicación varias cuestiones se abren para seguir trabajando. Por ejemplo ¿la violencia es un fin en sí misma? La violencia puede ser un medio en búsqueda de un fin. Sin embargo, cuando hablamos hoy de violencia desencadenada nos aparece la violencia como un fin en sí misma. Aparece en su dimensión de sin sentido. Es, por ejemplo, cuando la violencia actualiza sin freno la marca que estuvo en el inicio, la marca que itera, y que lleva al sujeto una y otra vez a convertirse en el desecho que lo representó en el momento de nacer.

Por otro lado, podemos pensar en que hay un goce en juego en las respuestas violentas. La violencia puede ser, también, un modo de tratar el miedo, una especie de transformación en lo contrario. De la situación en la que el sujeto es violentado y tiene

miedo a violentar, es decir a dar miedo, de este cambio de posición puede depender el inicio de un camino que abre las vías para una posible articulación significativa. Que esta articulación se realice depende de con quién uno se encuentre y del consentimiento del sujeto a lo que ese otro le ofrece. Un encuentro contingente que puede desplazar, a veces, la cuestión tan visible de la violencia.

Notas :

1 Miller, Jacques-Alain. "Niños violentos". Rev. Carretel N°14, Bilbao, 2004, pp.9-17.

2 Ibid.,p.15.

3 Lacan, Jacques. El Seminarios, libro 5, Las Formaciones del Inconsciente. Paidós, Buenos Aires, 1999, p. 468.

DIEZ PUNTOS SOBRE LA VIOLENCIA EN EL NIÑO

Lucia D'Angelo

Con motivo de su intervención en la 4^o Jornada del Instituto del niño (2017), bajo el título “Niños violentos”,⁶ J. A. Miller propone sus orientaciones clínicas en un decálogo que concierne a la violencia en el niño, que reordena todo un trabajo de investigación sobre el tema. Se resumen en la presente reseña esos diez puntos – omitiendo las referencias a los que remite J.A. Miller – cuyo trabajo fue puesto a la discusión en mi trabajo individual del cartel del Taller clínico sobre “Violencia”. Es evidente que cada uno de esos puntos ha requerido explorar los textos de Freud y de Lacan para abordar la complejidad de sus enunciados y de su aplicación a la práctica clínica.

1. La violencia en el niño no es un síntoma.
2. Es lo contrario de un síntoma.
3. No es el resultado de la represión, sino más bien la marca de que la represión no operó.
4. La violencia no es el sustituto de la pulsión, ella es la pulsión. Hay que diferenciar la violencia y el odio. El odio está del mismo lado que el amor. Es la razón por la cual Lacan justifica hablar de odioenamoración.
5. El odio está del costado de Eros, en efecto es un lazo al otro muy fuerte, es un lazo social eminente.
6. La violencia está del costado de Tánatos. Eros fabrica el Uno, pone en vínculo,

⁶ Miller, J.A.: “Niños violentos”, Intervención de clausura de la 4^o Jornada del Instituto del niño. 18 de marzo de 2017.

mientras que Tánatos deshace los Unos, desliga, fragmenta.

El niño violento, es aquel que encuentra una satisfacción en el simple hecho de destruir. Habrá que interrogarse sobre el goce que está ahí implicado y sobre lo que se podría llamar “el puro deseo de destrucción”. Es solamente en un segundo tiempo que se buscará el determinismo, la causa, el plus-de-goce que es la causa del deseo de destruir, de la activación de ese deseo.

7. Una pragmática del abordaje de los niños violentos en nuestro campo. Puede que la violencia del niño anuncie, exprese una psicosis en formación. Hay que interrogarse sobre los puntos siguientes: a) ¿La violencia en el niño es una violencia sin frase? ¿Es la pura irrupción de la pulsión de muerte, un goce en lo real? b) ¿El paciente puede ponerla en palabras? ¿Es un puro goce en lo real o bien está simbolizado o es simbolizable? c) Que sea un puro goce en lo real no señala necesariamente una psicosis. d) Si se trata de una violencia que puede hablarse que por saber qué dice.

8. Hay que distinguir cuando la violencia vuelve a salir por un fracaso del proceso de represión o una falla en el establecimiento de la defensa. Evidentemente, se la espera más fácilmente en el primer caso que en el segundo.

9. Se evoca el pasaje de la violencia de lo real a lo simbólico, no se trata de olvidar lo imaginario. Para acercarse a los dos primeros registros, hay que distinguir la violencia como emergencia de una potencia en lo real y la violencia simbólica inherente al significante que cabe en la imposición de un significante-amo. Cuando esa imposición de un significante-amo falta, el sujeto puede encontrar un Ersatz marcándose él mismo - escarificación, tatuaje, piercing, diferentes maneras de cortarse, de torturarse, de proferir la violencia al propio cuerpo.

Eso no impide que toda modificación deseada del cuerpo propio por un acto quirúrgico justifique una visión analítica. Se sabe que en efecto hay actos de cirugía estética que resurgen a la corrección neurótica de la imagen del cuerpo, pero que otros están claramente inspirados por la psicosis.

10. En lo que concierne a la violencia en lo imaginario hay que referirse al estadio del

espejo. Es necesario ponerlo en relación con “La agresividad en psicoanálisis.”

Conclusión. J. A. Miller deja en blanco la violencia en el niño considerado como un *sinthoma*, en la última enseñanza de Lacan.

Recuerda, sin embargo, que hay que hacer su lugar a una violencia infantil como modo de gozar, aun cuando es un mensaje, lo que quiere decir no entrar en él de frente. Jamás hay olvidar que no pertenece a un analista ser el guardián de la realidad social, que tiene el poder reparar eventualmente una falla de lo simbólico o de reordenar una defensa, pero que, en los dos casos, su efecto propio no se produce sino lateralmente.

El analista debe, según J.A, Miller, proceder con el niño violento de preferencia con dulzura, sin renunciar a maniobrar, si hay que decirlo, una contra-violencia simbólica.

VIOLENCIA, OUDIO Y DISCURSOS

Victoria Vicente

De los posibles abordajes del odio , he escogido uno que podríamos llamar el odio corriente, el que lleva su articulación con el amor.

Al plantearme en su momento la intervención en el taller organice la viñeta en torno a lecturas que enmarcaron algunos ejes y algunas preguntas.

¿Mal, odio y rabia es lo mismo?

Quería trabajar en el taller este tema para poder reflexionar sobre la manera en la que las pasiones e impulsiones toman el cuerpo de los adolescentes -tomando el título de un interesante artículo aparecido en el último Carretel- y la forma en la que las instituciones educativas aceptan acoger y abordar estas pasiones cuando se despliegan en el campo de lo educativo y lo social.

¿Qué figura del Otro frente a la manifestación del odio en un adolescente? ¿Cómo hacer para no dejarse encerrar por la trampa que tiende a los otros? ¿Cómo encarnar una alteridad que no amenace y que no imponga ,frente a ciertos actos, la normativa , el castigo o la expulsión?

En definitiva, como acoger el odio hacia sí mismo que experimenta un adolescente.

El odio no se va , persiste, se tiene que tratar, bordear, simbolizar.

Hugo tiene 14 años. La madre acude al Servicio de salud mental ,bajo la insistencia apremiante del instituto, porque durante el curso escolar las peleas con los profesores han sido continuas, con altercados graves, golpes, escapadas del centro, insultos, expulsiones . El instituto intenta pactar normas y premios que no producen ningún efecto. A pesar de ser un chico bajo de estatura, delgado, sus explosiones de rabia y de cólera hacia el otro son de una violencia extrema.

Hugo es su hijo menor. Tiene una hermana 3 años mayor. La madre atribuye la conflictividad a la separación entre los padres, ocurrida hacía casi un año antes, y al alejamiento del padre de sus hijos al estar viviendo este hombre con una nueva pareja en

otra población .Ella achaca el malestar de su hijo a la no presencia paterna.

En ese momento Hugo no aceptará ninguna entrevista conmigo sumido, según su madre, en una posición de rabia, enfado y odio hacia los otros.

Un año más tarde, de nuevo solicita la madre que Hugo sea visitado. Un acontecimiento ha venido a sumarse y a reencontrar la pérdida . El padre recién había muerto después de varios meses ingresado por un cáncer .

En los primeros encuentros con Hugo se trató de entender esa tensión que estaba presente en su cuerpo y que no podía controlar. Se ponía nervioso pero no podía precisar ni ante qué ni en qué momentos. Era algo vivido en su totalidad. Negaba cualquier causa de la inquietud , banalizaba los efectos en su vida de lo que le pasaba.

Pero se refería a sí mismo como cansado sin ganas de hacer cosas, dando un tono melancolizado a su discurso.

En una de estas primeras sesiones, me habla de unas aulas especiales , enlazadas a su Instituto, en las que se imparte una enseñanza alternativa ,más tipo taller , a donde asisten algunos de sus compañeros y a donde él quería ir para seguir los estudios . En ese momento le digo que sí, que puedo aceptar y acompañar esta demanda.

Ahora al pensar el caso, creo que este sí tuvo su importancia ya que inmediatamente hizo la aparición un sueño que organizará las coordenadas del campo del Ideal .

Sueña que es mecánico y que arregla motos. Así los hombres de su familia se introducen en las sesiones, especialmente la figura del padre . Las motos eran la pasión compartida con el padre y la mecánica igual que el abuelo. A partir de aquí, viene a las visitas con fotos de cuando era niño, de motos, de excursiones con el padre a su lado. Muchas fotos.

Pero a la par que aparece este tratamiento del duelo por la emergencia de un padre idealizado y de las imágenes ideales, la realidad de su día a día se muestra muy conflictiva .

No soporta que los profesores lo traten sin respeto, como a un perro, dice. Cuando se llena de rabia nadie lo puede parar . Cuando el otro no le devuelve la imagen ideal, este otro deviene amenazante y malo. Podemos plantear que, el desprecio, la falta de respeto, son los sentimientos que le acompañan , verdaderas pasiones que el sujeto atribuye al Otro y que resulta estar en el principio de las conductas de riesgo.

Se junta con chicos mayores con los que comparte un gusto por lo marginal y por la crueldad hacia otros. La dependencia a este grupo no se cuestiona y conduce tanto su

cuerpo como sus pasiones : se viste llamativamente con anillos dorados, cadenas, e interviene en actos donde la violencia hacia otros es manifiesta.

Puedo pensar que, si bien una cierta elaboración del duelo parece que se va haciendo a través de la recuperación de ese sentimiento de amor hacia el padre, idealización más generada, podemos decir, por el propio sentimiento de culpa inconsciente, no es suficiente como tratamiento de goce.

¿Faltaba hacer el duelo por su propio odio ?.

¿Se podía utilizar al padre ideal para orientar proyectos de su vida, pero no es suficiente para tratar el goce ?

El odio de sí mismo , esta parte del ser que el sujeto atribuye al otro, no apunta más que a su propio ser de objeto.

A partir de su enunciado : soy igual que mi padre empezó a explicar en las sesiones lo que la pérdida de su padre había abierto en él : una rabia y un enfado inigualable, desencanto por no obtener la satisfacción esperada, así como un odio sin par hacia la pareja del padre, otro maligno, a la que acusa de haber sido la causante de la muerte del padre porque no lo cuidó y lo enfermó. En torno a este otro ha fantaseado todo tipo de denuncias y venganzas .

¿De qué se trata entonces? El odio es el odio del goce del Otro que se rechaza.

No voy a poder desarrollar mucho este punto porque también es un punto muy reciente surgido en su trabajo , pero haber encontrado en sus dichos esa experiencia subjetiva de odio y de rabia , haber puesto palabras a ese odio, implica que algo cambia y da una salida diferente al sujeto. El sujeto se divide podemos decir, ya que en las siguientes visitas comienza a hacerse preguntas sobre sí mismo, (qué hace en clase si la mayoría de las veces no está, siempre ausente con sus pensamientos en otro lugar ; o se pregunta por qué él no tiene miedo a la autoridad y acaba enfrentándose con los policías) pero también algo en relación con su cuerpo cambia ,se fragiliza, se enferma , hasta que hace poco tiempo anuncia un interés concreto y especial por una chica .

El odio se articula con el cuerpo, podemos decir, que también es la manera , la forma de articular el cuerpo al goce.

Lecturas:

Daniel Roy. "El Mal de la juventud", *Carretel* nº 14 septiembre 2017

Marcela Errecondo. "Pasiones e impulsiones: eso que toma el cuerpo", *Carretel* nº 15, enero 2020

Gustavo Stiglitz. "¿Cómo hacer escuchar lo que se rechaza?". *Freudiana* nº 88, 2020

LA VIOLENCIA NO ES SIN EL CUERPO⁷

Myriam Chang

Que la violencia no es sin el cuerpo es algo que se pone en evidencia en aquellos momentos de extrema violencia donde es el cuerpo el primer y único actor sobre el escenario. Momentos en los que, cuando la palabra interviene lo hace en su expresión última en el límite de lo simbólico, bajo la forma del insulto.

Es la imagen especular lo que parece ser “el umbral del mundo visible”. Es lo que Lacan verifica en 1936, observando “la disposición en espejo que presenta en la alucinación y en el sueño la imago del cuerpo propio, ya se trate –nos dice– de sus rasgos individuales, incluso de sus mutilaciones, o de sus proyecciones objetales, o si nos fijamos en el papel del aparato del espejo en las apariciones del doble en que se manifiestan realidades psíquicas, por lo demás heterogéneas.” “En esa relación interhumana o es la violencia o es la palabra lo que puede producirse”. Es como lo reformula Lacan en el seminario 5, donde diferencia en su esencia la violencia de la palabra. Y es también, lo que lo lleva a plantearse en qué medida la violencia propiamente dicha puede ser reprimida, en tanto solo se puede reprimir lo que demuestra haber accedido a la estructura de la palabra, es decir, a una articulación significativa.

Que la violencia no se puede reprimir es lo que prueban los esfuerzos del grupo profesoral de la escuela donde Sergio realiza su escolaridad. Se trata de un niño de 6 años para quien el horario de las clases resulta algo contenedor. Solo algo, pues el compartir el aula con una niña de raza negra lo desequilibra. Verla dispara su agresividad, la empuja, tira contra ella y la insulta. Este recurso al insulto bien puede concebirse sirviendo al propósito de “velar el agujero en la lengua y defenderse del enigma de la sexualidad”, como especifica Philippe Lacadée en uno de sus textos. De manera que, en el límite del discurso, en el momento en que Sergio se desvanece en su propia representación como sujeto, el pasaje a la violencia se le vuelve necesario como única respuesta.

Así, son los espacios libres del patio, como los horarios más flexibles del comedor los que confrontan a Sergio, de manera irreductible, a una delusión subjetiva insoportable que se

⁷ Caso presentado en el Espacio de la CdC-ELP, Taller Clínico sobre violencia, el 26 de noviembre de 2019.

resuelve en violencia. En el desorden confuso de los otros que corretean en el patio se oye llamar “tonto” lo que dispara su cuerpo que corre tras los que han pasado a su vera dejando tras de sí tal “provocación”.

En estos momentos de explosión su cuerpo es pura expresión de golpes, patadas e insultos llegando incluso a morder. Son necesarios entre cuatro y cinco adultos para contenerlo. Son momentos en los que no hay un yo que diga qué ni por qué. Tras estas crisis el sueño sofoca su cuerpo y lo neutraliza. Pero al despertar no hay recuerdo ni narración propia sobre lo ocurrido ni reconocimiento de sí en la narración que el otro le hace.

Esta reseña no es propiamente la exposición de un caso sino la descripción de uno de esos momentos privilegiados que como dice Lacan nuestra experiencia en el psicoanálisis nos brinda. Se trata sobre todo de una sesión en el transcurso de la cual podemos deducir un tratamiento posible en la construcción del cuerpo, que Sergio realiza explorando el campo de la diferencia sexual.

Sergio inicia esta sesión eligiendo entre los juegos del armario el puzle de la figura humana, concretamente el de un niño. Un puzle de madera compuesto por dos capas de piezas, la primera capa la del cuerpo y sobre ésta la capa de las piezas que componen sus ropas.

Mientras pieza a pieza lo monta y desmonta, a la propuesta de buscarle un nombre y las sugerencias de distintos nombres de chicos, Sergio va descartándolos todos; unos no le gustan, otros son nombres de amigos que no quiere utilizar, e incluso al nombre de Sergi sólo responde que ese es su nombre en catalán. Mientras se le ofrece nombres pregunta por qué no se le proponen nombres de niña. Se le responde que la figura del puzle es de un niño puesto que tiene pene y que cuando un bebe nace si tiene pene se considera que es un niño y se le da un nombre de niño. Cuando termina de montar el puzle se decide por su propio nombre y lo llama Sergio. ¿Podría acaso considerarse que al elegir su propio nombre “se reconoce” en la imagen “de niño”?

En este punto un error de la analista le remite a una verruga que él tiene en la mano, y que en la sesión anterior había explicado su madre que se la estaban curando. El efecto fue casi como el de ver una cortina cerrarse y la respuesta del niño la de querer terminar la sesión y marchar. Aceptando su decisión se le cita para otro día. Entonces Sergio dice que no, que quiere continuar y sacando también el puzle de la niña coloca ambos sobre la mesa. En esta segunda parte, realiza las mismas manipulaciones sobre los dos cuerpos.

Pero si en la primera parte se le propuso cerrar los ojos a lo que él hacía con los cuerpos, esta vez es él quien pide que no se lo mire mientras manipula las piezas.

En algún momento pone las vestimentas y deja las piezas de los cuerpos desperdigadas en la mesa. Se le dice que se necesita un cuerpo para portar la ropa de lo contrario sería como si la ropa estuviese colgando de una percha en el armario. Entonces coloca nuevamente el cuerpo y a continuación la ropa.

Tras una nueva recolocación de las piezas, cuando avisa que ya se puede mirar, les ha intercambiado la ropa. La analista como hablando para sí comenta: "No sé, no sé, éste parece un niño porque lleva pantalones, pero claro, las niñas también usan pantalones. Y ésta parece una niña porque lleva falda, pero hay algún país donde los hombres también llevan faldas. Para saber si es un niño o una niña, no puedo levantarle la falda, con lo cual para saberlo sólo me queda que él mismo me lo diga. Le preguntaré".

Al preguntar a la figura de la derecha, que lleva las vestimentas del niño, ¿Eres un niño? Sergio se agacha detrás del escritorio y desde ahí responde con una voz o con otra según el momento, afinando o engrosando la voz si quiere responder en el caso de un niño o de una niña. Luego de su respuesta dirigiendo a la otra figura la pregunta si es una niña Sergio responde una cosa u otra. Por su parte, la analista no va a verificar en el cuerpo si éste se corresponde con la respuesta de Sergio. Así que Sergio vuelve a pedir que se cierre los ojos y vuelve a recomponer las figuras mezclando las piezas. Esta vez al preguntar a la figura de la derecha ¿"Eres un niño o una niña?". Sergio que ya se ha escondido detrás del escritorio se queda callado, no responde. Luego se levanta y dice que así no. "Pregúntame si soy un niño". Así entonces nueva pregunta dirigida al puzle, ¿"eres un niño?" Y nuevamente Sergio detrás de la mesa va respondiendo sí o no e igual con la otra figura. Pide otra vez que cierre los ojos y las recompone nuevamente. Vuelta a preguntar y en esta ocasión la primera es una niña y con la segunda figura Sergio responde: Si, soy un niño, y en ese momento saliendo de detrás del escritorio, con los brazos en alto, agrega: "¡Y yo también!". ¿Cómo tomar este "yo"? ¿Podría leerse aquí el germen de una identificación sexual imaginaria?

La analista asiente con énfasis a su "soy" y propone el corte de la sesión citándole para una próxima fecha. Pero Sergio responde "aún no". Vuelve a volcar las piezas y cogiendo el tablero del niño se pone a colocarlas, pero esta vez en su posición correcta. La analista toma a cargo el puzle de la niña y va recomponiendo con las piezas que él desecha de manera algo brusca. Al final falta el pie de la niña y buscando alrededor se le dice que falta una pieza en la niña que seguramente se ha caído. Pero Sergio responde

prontamente que no falta ninguna, que "está hecha así". Se le responde que si está hecha así entonces no hay que buscar más y se coloca el zapato en el agujero del pie. Esta vez, ya recompuestos los dos puzles y devueltos al armario, acepta terminar la sesión.

La sesión siguiente su madre le trae muy contenta comentando que Sergio ha pasado una semana muy tranquila, y su maestra incluso le ha felicitado por lo bien que se mostrado en los últimos días. No obstante, es éste sólo un inicio, un intento de anudamiento, insuficiente y demasiado lábil para durar mucho más, pues los momentos críticos de la violencia anterior no tardan en volver a manifestarse.

Se siguen algunas entrevistas en que Sergio mantiene una actitud negativa ante todo, llega como enfadado, con el ceño fruncido, no habla y sólo deja pasar el tiempo hasta que oye a su madre volver, y al escucharla se dirige a la puerta y marcha.

Pero en medio de estas ocasiones viene con una pequeña libreta, dice que quiere dibujar una calavera y pregunta cómo se hace. Se le busca una en internet. Sergio intenta copiarla de manera fallida, trazando y borrando de manera repetida. Se le propone un juego en papel tipo la oca, donde hay una casilla de la muerte. Acepta y participa colocando él 3 figuras de la muerte. Al terminar el juego entregando la libreta pide que se le dibuje algo. Se le propone dibujar un niño, para lo que se le pide que pose él como referencia. Al terminar el dibujo pide que se ponga debajo su nombre: Sergio. Se guarda la libreta y se marcha.

Al volver en septiembre tras una sesión en que ha participado de buen grado jugando con las figuras de playmobil, mientras le está despidiendo saca del bolsillo la libreta y dice que le hará un dibujo a la analista. Pero cambia de opinión y en lugar de dibujar, dice que le regalará uno que ya tiene hecho. Pasa las hojas hasta que encuentra el dibujo del niño que se le había hecho en la sesión anterior, y a pesar de que su hermano le dice: "esa no, que esa te la hizo una profesora", Sergio arranca la página y la ofrece.

Desde la escuela reportan que, al comienzo del curso, si bien no ha vuelto a tener explosiones tan violentas como antes no lo ven tranquilo: va molestando, provocando y cuando lo van a reñir echa a correr y se escapa de la clase. No obstante, en sesiones siguientes llega incluso contento proponiendo hacer cosas. Hace dibujos, cuenta historias que inventa sobre lo que ha dibujado e incluso cuenta chistes. En este proceso en que Sergio se va situando en lo discursivo desde la escuela reportan que ha empezado a comportarse mejor y que sus episodios de violencia han desaparecido.

VIOLENCIA Y NOSTALGIA DEL TODO

Vicente Palomera

“La nostalgia del todo” es el título de unos de los apartados de los Complejos familiares en la formación del individuo, texto que Jacques Lacan publicó en 1938. En efecto, Lacan tuvo muy tempranamente la intuición de la existencia de una pasión en los seres humanos por la unidad, pasión por el uno. Evidentemente, conviene distinguir el uno de la totalidad del uno de la unidad que particulariza. Lo que Lacan observa es que el niño aspira a la unidad, una unidad que está conectada con la asimilación del ser y de la totalidad, una unidad que pasa por el todo. Se es uno porque se es todos. Es lo que escuchamos de la boca de los niños: “¡vamos todos!”. Solo más tarde, al empezar a hacerse mayores no querrán decir más “vayamos todos”. Es precisamente en la adolescencia cuando se empieza a hacer el duelo por la unidad. Y, finalmente, ya en la edad adulta, será muy difícil admitir el “no-todo”, difícil pensar en una dimensión distinta del “todo”.

Hay formas sublimadas de esa aspiración a la totalidad y Lacan las encuentra en las ideologías políticas. Es en esa aspiración a la totalidad donde Lacan lee una aspiración hacia la muerte. Existe un íntimo lazo entre la totalidad –Lacan lo sitúa en el origen en el “complejo del destete”– y la muerte (ahí justamente cuando que declara que “Todo se acabó”). Para definir esa aspiración a la totalidad en las formas más abstractas que podemos observar, Lacan las describe como una “asimilación perfecta de la totalidad al ser”, una fórmula bajo la cual sitúa el arco de nostalgias de la humanidad: “espejismo metafísico de la armonía universal, abismo místico de la fusión afectiva, utopía social de una tutela totalitaria. Formas todas ellas de la búsqueda del paraíso perdido anterior al nacimiento y de la más oscura aspiración a la muerte”. Resume lo que poco después iba a realizarse a fondo en los años siguientes del siglo XX.

Lacan distinguirá una unidad imaginaria, la del todo, y una unidad simbólica, ligada a la formación de un ideal también simbólico. Sabemos que el ideal de la totalidad sostiene bien los delirios: sabemos que hay delirios colectivos y la utopía social forma parte de ellos. Esa utopía social no es para nada la realización de un ideal siempre simbolizado, sino que es búsqueda de una unidad real que rechaza el ideal. Siempre que se aspira a una unidad en lo real es porque no se la ha podido encontrar en el símbolo. Si esa unidad es imposible es siempre porque no se ha encontrado el símbolo que la permitiría.

Lo específico de esos espejismos sociales de la unidad real es que proceden siempre por

segregación. En efecto, la unidad social totalitaria produce siempre un rechazo de lo que no forma parte de la sociedad, de quienes no forman parte de la sociedad. Esa unidad no es una abertura hacia la alteridad, como nos muestran la unidad de las bandas, del clan o de la tribu, es decir, no es un Uno que se abre al otro, es un Uno que se cierra sobre sí mismo. Es por esta razón que se da lugar a la totalidad, puesto que, cuando el uno se abre al otro, lo descompleta, lo “des-totaliza”. Por ejemplo, la unidad familiar es siempre de algún modo un rechazo de la alteridad que supone el encuentro social, creador de diferencia. La “fraternidad” de la tribu o de la familia tiene una función social, pero pronto encuentra sus límites. La fraternidad social es la gran utopía. Lacan lo aborda estudiando su nacimiento en un complejo, que nombra como el “complejo de intrusión”, complejo que tiene como fundamento los celos.

La fuente de los celos no es una pura concurrencia vital, esa especie de darwinismo social que respondería a un “que gane el mejor” o “eliminemos a los perdedores”. No hay animal más cruel que el hombre, la crueldad no existe en la creación. La fuente de los celos está en la identificación: uno es celoso en la medida en que se identifica con el objeto de sus celos, esto es, por intermedio de una identificación mental. Se es siempre celoso respecto a alguien con quien uno se puede identificar. Los celos consisten siempre en ver las cosas situándose en el lugar del otro. Por tanto, tienen una función social esencial, la de enseñar a ponerse en el lugar del otro. Así, cuando se le dice a alguien: “Intente ponerse en el lugar del otro”, sabemos enseguida que no se va a resolver nada puesto que inmediatamente se activarán los celos.

Como señala Lacan, la identificación marca un interés primario, es un amor que, por el hecho de su propio desconocimiento, se traduce en agresividad y, sin embargo, el “conocimiento paranoico” del otro en los celos (los paranoicos conocen muy bien a sus rivales) tiene una función social, ya que lleva a interesarse en los otros. De este modo, se verifica que incluso la agresividad tiene una función positiva. Lacan lo dice explícitamente: la violencia ejercida sobre el otro implica la identificación. Para decirlo de un modo simple: cuando alguien se pelea con un semejante se identifica necesariamente con él.

En la violencia, el sujeto no apunta a reencontrar la unidad ya que –como se dice– está en guerra con el otro y, sin embargo, aspira a volver a encontrar algo anterior: el dolor ligado a la separación del objeto. En este sentido, el sujeto busca reencontrar su primer malestar, su primer dolor, en el malestar del otro. El dolor que había quedado olvidado en la unidad, lo vuelve a encontrar dialécticamente en el dolor del otro. Piénsese en la violencia de los jóvenes, violencia que sigue inmediatamente a la separación de la unidad

familiar: es un modo de tratar colectivamente el malestar frente al cual tienen que encontrar una solución, la solución de la unidad. Ellos encuentran la solución en la violencia creada en el otro, dolor en el que encuentran el suyo propio. Pero este dolor no va solo, sino que tiene la compañía de ese otro del que aprende a conocer en la rivalidad violenta. Se trata pues de un dolor que tiene en sí una función socializante.

Todo ello implica que, si se quiere borrar del mapa la violencia, se puede reforzar un retorno a la unidad que no es sino regresión, es decir, un desconocimiento acrecentado del malestar de origen, verdadera fuente de la violencia. Lo que paradójicamente se deduce es que, al menos a una determinada edad, una determinada violencia no es dañina.

En los últimos años se ha hablado mucho en los EE.UU. de los *seeking sensations subjects*, sujetos que “buscan sensaciones”. Son sujetos que buscan recrear el malestar propio de una determinada edad de la vida, olvidada en el inconsciente, es decir, buscan reencontrar dicho malestar para tratarlo y lograr deshacerse de él. No nos sorprenderá nada que dicha violencia acabe retornando sobre el sujeto mismo y que busque, en su fuero interno, recrear el malestar consumiendo todo tipo de sustancias tóxicas. Si se enganchan a un tóxico, se comprueba que esa adicción perdurará largo tiempo. En general, las toxicomanías de la post-adolescencia suelen ser toxicomanías colectivas. Por el contrario, las toxicomanías más resistentes tras la adolescencia suelen ser adicciones más bien solitarias. En este caso, el diagnóstico es grave: no es lo mismo consumir tóxicos para encontrar los semblantes de la banda y reactivar el malestar, que identificarse con ese malestar en soledad.

Finalmente, Lacan señala que los celos paranoicos, el conocimiento paranoico del otro y la violencia agresiva, cuando son sublimados, tienen una función socializante. La paranoia socializa. Basta recordar el número de paranoicos que tienen como función regular el encuentro del otro, la relación con el otro. Cuando la violencia hace del otro un semejante nunca se la detendrá haciéndole ver al sujeto que el otro es solamente un semblante. Decir: “Oye, no vayas a pegar a quienes no son como tú” implica ignorar que es precisamente porque son “como él” que los va a pegar.

UN APUNTE SOBRE LA DISTINCIÓN ENTRE VIOLENCIA Y LA AGRESIVIDAD

Eugenio Díaz

Jacques-Alain Miller, en 2017 en su intervención de clausura de la 4ª. Jornada del Instituto del Niño, titulada “Niños violentos”,⁸ se interroga sobre si la violencia en el niño es un síntoma. A lo que responde (de entrada) que no, que incluso es lo contrario a un síntoma. Esto nos lleva a pensar, y a interrogarnos, sobre la violencia en general, no tanto como un sustituto de la pulsión, sino como la pulsión misma. La pulsión, en esta perspectiva no se sustituye, más bien se satisface como pulsión de muerte. Aquí, como veremos más adelante, es la tendencia a la agresión que Lacan diferencia de la intención agresiva, lo que está en juego.

La violencia se ubica del lado del acto (del pasaje al acto) y no de la palabra. O como señala Lacan en su comentario a Jean Hyppolite: “¿No sabemos acaso que en los confines donde la palabra dimite empieza el dominio de la violencia y que reina, ya allí, incluso sin que se la provoque?”⁹ Reina sin que se la provoque, indicaría que en la violencia no puede ubicarse ningún lazo a lo simbólico.

En esta orientación, la violencia, al no situarse en la lógica del significante, no entra en la cadena de la sustitución, de la representación, pues en el instante mismo del acto violento no hay un sujeto a representar entre S1 y S2. Es en el límite, ahí donde hay renuncia a la palabra, donde la violencia hace acto de presencia, donde se precipita. Valga como ejemplo el pasaje al acto del señor Meursault en *El extranjero* de Camus.

Entonces, más que hipnotizarse con la causa de la violencia, nos importa el goce que en ella hay implícito. Tratarla por la vía del sentido, puede ser un callejón sin salida, justificación moralista o judicial, incluso anticipo de un nuevo acto violento.

Así, tal como Susana Brignoni nos recordó en su texto de presentación en el Taller Clínico tomando a Lacan en el Seminario V: “La violencia... no es la palabra, incluso es exactamente lo contrario”. Y “si la violencia se distingue en su esencia de la palabra, se

⁸ Miller, Jacques-Alain. “Niños violentos”. *Carretel* n°14, Bilbao, 2004, pp.9-17.

⁹ Lacan, Jacques. “Introducción al comentario de Jean Hyppolite” [1954]. *Escritos 1*, Siglo XXI. Buenos Aires, 1988, p.360.

puede plantear la cuestión de saber en qué medida la violencia propiamente dicha –para distinguirla del uso que hacemos del término agresividad- puede ser reprimida”.¹⁰ Entiendo reprimida en el sentido también de interpretada.

Además, en tanto modo de goce (o incluso cuando eventualmente pueda ubicarse como *acting-out* salvaje) no es posible tratarla de frente, señala Miller en el mentado texto. Expresión que es la misma que Lacan utiliza en “La agresividad en psicoanálisis”¹¹, en su Tesis III sobre cómo los *Resortes de la agresividad deciden sobre las razones de la técnica analítica*.

Entonces tratamos de distinguir la violencia de la agresividad. Para ello podemos apoyarnos en este escrito que sigue siendo aún, *hilio* de esta distinción fundamental para la clínica. “La agresividad en psicoanálisis” de 1948, es un informe teórico presentado en Bruselas en el XI Congreso de los Psicoanalistas de lengua francesa, a los pocos años del fin de la 2ª Guerra Mundial. Atravesado, podemos decir, por el acontecimiento que fue esa guerra para la humanidad, para lo humano. Acontecimiento en el sentido que lo es para el psicoanálisis, es decir que deja marcas en el cuerpo. Es así como entendemos, entre otros muchos ejemplos, lo que Gunter Anders desarrolla en su *Carta a los hijos de Eichmann* donde señala -para hablar de las marcas indelebles-, que “todos somos hijos de Eichmann”. Es decir que lo humano queda atravesado por eso que no deja de producir efectos.

En el texto sobre La agresividad... con sus cinco tesis, Lacan va a poner las bases de lo que seguimos investigando hoy sobre la agresividad en su distinción con la violencia. La cuestión de la pulsión de muerte -de la que al decir de Lacan, Freud tuvo la audacia de formular,- y su vínculo con la agresividad y violencia es aquí central.

Encontramos en este escrito la partición, orientadora en la clínica, entre intención agresiva y tendencia a la agresión. Distinción que aparece a partir de la tesis II (*La agresividad nos es dada como intención agresiva...*) y en la Tesis IV, donde plantea pasar de la subjetividad de la intención a la tendencia a la agresión.¹²

¹⁰ Lacan, Jacques. El Seminario, libro 5, Las formaciones del Inconsciente. Paidós, Buenos Aires, 1999, p. 468.

¹¹ Lacan, J., “La agresividad en psicoanálisis” [1949]. *Escritos*, Siglo XXI, Buenos Aires, p. 114.

¹² *Ibid.* p. 115.

Lacan pone de manifiesto cómo la *tensión agresiva* con el otro es estructural, y como el yo, en tanto forma (imagen), "...se cristaliza en una tensión conflictual interna al sujeto...".¹³ La intención agresiva, "...roe, mina, disgrega, castra, conduce a la muerte".¹⁴ Intención de agresión, o agresividad, puede leerse, dice Lacan en el sentido simbólico de los síntomas (en la desconexión de las relaciones con la vida cotidiana, en la falla de la acción, *rébus* de su vida onírica) y también en relación a las imágenes (de castración, eviración, mutilación...), como imagos del cuerpo fragmentado.

Así lo leemos en el caso de una mujer que le pide espacio (un tiempo) a su pareja por sentirse invadida, menospreciada por sus deseos y el mismo día de la vuelta del *partenaire* de ese receso, que ella esperaba beneficioso, su cuerpo literalmente se descompone. Lo que le evoca la forma de relación al padre, que no hacía sino hacerle sentir -más o menos explícitamente- como un "no vales nada, eres una mierda". Descomposición a la que sigue una catarata de reproches en una intención agresiva, en la que como señala Lacan "...el sujeto se niega a sí mismo y hace cargos al otro...".¹⁵ En la tendencia a la agresión, la cuestión es otra. "El acto agresivo resuelve la construcción delirante", señala Lacan. Es una tendencia libidinal, una variante de la libido, dice.

Desde la explosión brutal e inmotivada del acto y todas sus gamas de beligerancias, en el acto violento (que ataca al cuerpo sea del otro o el propio) lo que está en juego es el goce, el goce del viviente.

En la tendencia a la agresión lo que se violenta, no está del lado de la imagen, es más bien el ser del Otro, lo íntimo del Otro o lo más propio, como en el acto suicida. No se trata de la articulación entre el sujeto dividido y el objeto, es más bien un goce sin inscripción al Otro.

En esta distinción de la noción de agresividad y la orientación para leer el acto violento, podemos apoyarnos para pensar el malestar en la civilización y la neurosis moderna, por utilizar los términos de Lacan en la Tesis V del escrito, su tesis social.

¹³ *Ibid.*, p.111.

¹⁴ *Ibid.*, p.109.

¹⁵ *Ibid.*, p.118.

Y acabo: “En el hombre liberado de la sociedad moderna vemos que el desgarramiento revela hasta el fondo del ser su formidable cuarteadura. En la neurosis de autocastigo, con los síntomas histérico-hipocondríacos de sus inhibiciones funcionales, con las formas psicasténicas de sus desrealizaciones del prójimo y del mundo, con sus secuencias sociales de fracaso y de crimen”¹⁶

Todo un catálogo para la investigación.

¹⁶ *Ibid.*, p. 127.